

III

—Ahora mi sopa está demasiado caliente—gruñó la Teuse que volvía de la cocina con una cazuela, en la que había, plantada de pie, una cuchara de madera.

Mantúvose delante del padre Mouret, empezando a comer con la punta de la cuchara, con precaución. Esperaba alegrarle, sacarle del anonadador silencio en que le veía. Desde que había vuelto del Paradou, dábase por restablecido, no se quejaba nunca; con frecuencia hasta se reía por tan tierno modo, que la enfermedad al decir de las gentes de los Artaud, parecía haber aumentado su salud. Pero a veces crisis de silencio se apoderaban de él; parecía rodar en un martirio, que con todas sus fuerzas procuraba no confesar; y era una muda agonía la que le destrozaba, la que le volvía, durante horas, estúpido, pasto de alguna abominable lucha interior, cuya violencia se adivinaba tan sólo por el angustioso sudor de su semblante. La Teuse entonces no le dejaba, aturdiéndole con un alivión de palabras, hasta que hubiese recobrado poco a poco su dulce aspecto, como vencedor de la rebeldía de su sangre.

Aquella mañana la vieja sirvienta presentía un ataque más rudo aún que los anteriores. Púsose a hablar como una taravilla, sin dejar de continuar desconfiando de la cuchara que le abrasaba la lengua.

—En realidad, es preciso vivir en el fondo de un país de lobos para ver cosas semejantes. ¿Por ventura en los pueblos honrados no se casa nunca la gente a la luz de las velas? Esto indica bastante que todos estos Artaud son gente de poco más o menos... Por mi parte, en Normandía, bodas he visto que levantaban a las gentes de cascos a dos leguas a la redonda. Se tragaba durante tres días. El cura era del número, el alcalde también; a la boda de una de mis primas hasta asistieron los bomberos. ¡Y se divertían a más no poder!... Pero hacer que se levante un sacerdote antes de que apunte el sol para casar a una hora en que hasta las gallinas duermen aún, es no tener ni un átomo de sentido común! Yo, en lugar de usted, señor cura, me habría negado.. ¡Pardiez! usted no ha dormido lo bastante, tal vez se ha resfriado en la iglesia. Esto es lo que le ha trastornado. Agregue usted que preferible sería casar animales que a esa Rosalía y a su mendigo, con el cominejo que se ha orinado en una silla... Hace usted mal en no decirme en dónde le duele a usted; le prepararía algo caliente... ¡Eh, señor cura, contésteme!

Contestó con voz apagada que se sentía bien y que tan sólo necesitaba un poco de aire. Acababa de arrimarse a uno de los morales, con la respiración anhelante, riéndose.

—Bueno, bueno, no obre usted sino como mejor le parezca—repuso la Teuse.—Case usted a la gente, cuando le faltan fuerzas para ello y cuando ha de caer enfermo. Ya me lo sospechaba, ya lo había dicho yo ayer... Tampoco, si usted me escuchase, permanecería usted ahí, ya que el olor del corral le incomoda. En este instante huele que no hay más que pedir. No sé qué es lo que la señorita Deseada puede todavía estar removiendo. Canta, se chincha de los olores, y ahí la tiene usted tan colorada... ¡Ah! quería decirle a usted. Sepa que hice

los imposibles para que no permaneciese allí, cuando el toro cogió a la vaca. Pero ella se parece a usted, ¡es más testaruda! Afortunadamente para ella, la cosa no es de consecuencia. Esta es su alegría, los animales con sus crías. Vamos a ver, señor cura, sea usted razonable. Permita usted que le acompañe a su habitación. Se acostará usted y descansará un poco... No, ¿no quiere usted? Bueno, tanto peor si usted padece. No se guarda por tal modo el mal sobre la conciencia hasta que a uno le ahogue.

Y de pura cólera, se echó al colete una gran cucharada de sopa, con riesgo de que se le llevara para allá el gaznate. Y golpeaba con el mango de madera contra la escudilla, gruñendo, y hablándose a sí misma.

—Nunca se ha visto hombre como este. Reventaría antes que soltar una palabra... ¡Ah! bien puede callarse. Yo sé bastante; no se necesita ser sabio para adivinar lo demás. Sí, sí, que calle; es preferible.

La Teuse estaba celosa. El doctor Pascual había sostenido con ella un verdadero combate, para arrebatarse a su enfermo, cuando juzgó al joven sacerdote perdido, si le dejaba en el presbiterio. Tuvo que persuadirla de que la campana le aumentaba la calentura, de que las imágenes de santos de que la habitación estaba llena, henchían su cerebro de alucinaciones; érale necesario en fin, un olvido en la paz de una existencia nueva. Y ella movía a un lado y otro la cabeza, diciendo que en parte alguna encontraría "el querido niño" una enfermera mejor que ella. Sin embargo acabó por darse a partido; hasta se resignó a verle ir al Paradou, aunque sin dejar de protestar contra aquella elección del doctor, que no le cabía en el caletre. Pero conservaba contra el Paradou un odio de todos los diablos. Sentíase sobre todo herida en lo más vivo por el silencio del padre Mouret tocante el tiempo en que allí había vivido. Muchas eran las veces

en que en balde se había ingeniado para hacerle hablar. Aquella mañana, fuera de sus casillas al verle pálido y obstinándose a sufrir sin una queja, acabó por blandir la cuchara como un palo, y exclamó:

—Convendría que se volviese usted allí, señor cura, si tan a su gusto se encontraba. Allí hay una persona que, ciertamente, le curará a usted mejor que yo.

Era la primera vez que aventuraba una alusión directa. El golpe fué tan cruel, que el sacerdote dejó escapar un ligero grito, alzando su semblante doloroso. La buena alma de la Teuse tuvo un gran sentimiento.

—Así y todo—murmuró,—la falta es de su tío Pascual. Bastante se lo tengo cantado. Pero estos sabios están siempre aferrados a sus ideas. Los hay que dejan a uno morir, para examinar el cuerpo después... Tanto se me subió la cólera al campanario, que a nadie he querido decir esta boca es mía. Sí, señor, gracias a mí, nadie ha sabido en dónde usted se hallaba, tan abominable el caso me parecía. Cuando el padre Guyot, de San Eutropio, que le reemplazó a usted durante su ausencia, venía aquí los domingos, para decir la misa, yo le contaba cada historia... y le juraba, que se hallaba usted en Suiza. Ni siquiera sé en dónde está eso. A la verdad, yo no quiero ocasionarle a usted la menor pena, mas tengo por seguro que allí es donde usted ha cogido todo el mal. Y ha quedado usted curado por modo muy peregrino. Mejor habría sido dejarle a usted en mi compañía, y no se me habría ocurrido levantarle a usted de cascos.

El padre Mouret con la frente inclinada, no la interrumpía. Habíase sentado la sirvienta en el suelo, a algunos pasos de él, para tratar de verle los ojos. Y continuó, con acento maternal, embelada con la complacencia que parecía prestar al escucharla:

—Usted no ha querido enterarse nunca de la

historia del padre Caffin. En cuanto me pongo a hablar, me tapa usted la boca... Pues bien, el padre Caffin, allá en nuestro país, en Canteleu, había tenido sus sinsabores. Era no obstante un santo varón, con un carácter de oro. Pero vea usted, era muy amigo de su comodidad y se perecía por las cosas delicadas; tanto y tan bien que una señorita le andaba al retortero; era hija de un molinero, a quien sus padres habían puesto en un colegio. En resumen, sucedió lo que tenía que suceder; ¿me comprende usted, eh?... Entonces, cuando se supo la cosa, toda la comarca se atufó de mala manera contra el cura. Se le buscaba para matarlo a pedradas. Pudo escaparse a Ruán y fué a llorar su culpa a casa del arzobispo. Y se le mandó aquí. El buen hombre se veía bien castigado con vivir en este agujero... Más adelante, tuve noticias de la joven. Se casó con un tratante en bueyes y es muy dichosa.

La Teuse, en gran modo satisfecha por haber podido ingerir su historia, vió como un aliento en la inmovilidad del sacerdote. Acercóse más y prosiguió:

—¡Aquel buen señor Caffin! No era orgulloso conmigo y con frecuencia me hablaba de su pecado. Este no es obstáculo para que se encuentre en el cielo, respondo a usted de ello. Bien puede dormir tranquilo allá, bajo la hierba, pues en toda su vida hizo mal a nadie... Por mi parte no comprendo por qué se siente tan gran enemiga contra un sacerdote, cuando se va del seguro. ¡Es tan natural! Que no es nada bonito, no hay que ponerlo en tela de juicio; es una porquería que debe de hacer montar en cólera a nuestro Señor; pero preferible es hacer esto que ir a robar. Se confiesa uno y en paz... ¿No es verdad, señor cura, que cuando hay verdadero arrepentimiento, encuentra uno su salvación, de todos modos?

El padre Mouret se había enderezado lentamente. Mediante un esfuerzo supremo, acababa de do-

mimar su angustia. Pálido todavía, dijo con firme acento:

—¡No se debe pecar nunca, nunca!

—¡Bah!—exclamó la vieja sirvienta.—Usted es demasiado orgulloso, señor. ¡Tampoco es bueno el orgullo!.. En lugar de usted, yo no me mostraría tan tirante. Habla uno de su mal, y no se destroza el corazón de golpe y porrazo, se acostumbra uno a la separación y asunto concluído... Estas cosas se pasan poquito a poco. Al paso que usted, aquí tenemos que evita hasta pronunciar el nombre de las personas. Usted prohíbe que se hable de ellas, como si estuvieran muertas. Desde su vuelta, no me he atrevido a darle la menor noticia. Pues bien, en adelante hablaré, diré cuanto sepa, pues de sobra conozco que este silencio es lo que le tiene el corazón tan oprimido.

El sacerdote la miró severamente y alzó un dedo para hacerla callar.

—Sí, sí—prosiguió,—tengo noticias de allí, y hasta muy a menudo, y se las iré dando a usted.. En primer lugar aquella persona no es mucho más feliz que usted.

—¡Cállese usted!—dijo el padre Mouret, que encontró la fuerza suficiente para ponerse en pie en disposición de alejarse.

La Teuse se levantó también, atajándole el paso con su corpulencia enorme. Enfadábase y gritaba:

—¡Cómo! ¡Se va usted!... Pero me escuchará. Ya sabe que la gente de allá no me entra gran cosa por el ojo derecho. Si de ella le hablo es por su bien.. Se les ocurre decir que estoy celosa. Pues bien, sueño con llevarle a usted allá algún día. Estaría usted conmigo, y así no temería usted hacer mal alguno... ¿Quiere usted?

Apartóla el cura con un ademán, con el semblante tranquilo, diciendo:

—Nada quiero, nada sé. Mañana tenemos misa mayor; será preciso preparar el altar.

Después, habiendo echado a andar, agregó con una sonrisa:

—No pase usted cuidado, mi buena Teuse. Estoy más fuerte de lo que usted se imagina. Me curaré por mí solo.

Y se alejó con firmeza, la cabeza erguida y considerándose triunfante. Su sotana, costeano los arriates de tomillo, ofrecía un suave roce. La Teuse, que se había quedado plantada en el mismo sitio, cogió su escudilla y su cuchara de palo, refunfuñando. Y mascullaba palabras entre dientes, acompañadas de grandes encogimientos de hombros.

—La echa de valiente y se cree formado de otra madera que los demás hombres, porque es cura. En realidad de verdad que éste es duro si los hay. Más de uno he conocido a quien no había necesidad de engreir tanto y tanto. Y es muy capaz de aplastarse el corazón como se aplasta una pulga. Es su Dios de misericordia quien le comunica esta fuerza.

Volvióse a la cocina, cuando vió al padre Mouret, de pie, delante de la puerta con claraboya del corral. Deseada le había detenido para hacerle tomar a peso un capón que estaba cebando hacía unas semanas. El cura decía con complacencia que pesaba atrocemente, lo que hacía reír de satisfacción a aquella niña grande.

—Los capones también se aplastan el corazón como una pulga—tartamudeó la Teuse hecha una furia.—Sus motivos tienen para ello. Entonces en vivir bien no hay la menor gloria.

IV

El padre Mouret pasaba los días en el presbiterio. Evitaba los grandes paseos que daba antes de su enfermedad. Las abrasadas tierras de los Artaud, los ardores de aquel valle en que no se daban sino cepas retorcidas, le causaban gran inquietud. En dos ocasiones había tratado de salir, por la mañana, para leer el breviario, a lo largo de los caminos; mas sin haber traspuesto el pueblo, volvióse trastornado por los olores, por el pleno sol y por la amplitud del horizonte. Por la tarde únicamente, en la frescura de la noche que se acercaba, aventuraba algunos pasos por delante de la iglesia, en la esplanada que se extendía hasta el cementerio. Por las tardes, a fin de ocuparse en algo, acometido por una necesidad de actividad que no sabía cómo satisfacer, habíase propuesto la tarea de pegar trozos de papel en los vidrios rotos de la nave. Esto durante ocho días le había mantenido subido en una escalera, muy atento en colocar los papeles con toda limpieza, recortándolos con delicadezas de bordado y extendiendo la cola de manera que no sobresaliese la menor baba. La Teuse tenía cuidado al pie de la escalera. Deseada gritaba que no era preciso tapar todos los cuadros, a fin de que los gorriones pudiesen entrar; y para no hacerla llorar, el cura olvidó dos o tres en cada

ventana. Después, habiendo dado cima a aquella operación, la ambición le había impulsado a embellecer la iglesia, sin valerse de albañil, de carpintero, ni de pintor. Todo lo haría él por sí mismo. Aquellos trabajos manuales—decía,—le entretenían y le devolvían las fuerzas. El tío Pascual, cada vez que pasaba a la rectoría, le animaba, asegurándole que aquellas tareas eran preferibles a todas las drogas del mundo. Desde luego el padre Mouret tapó todos los agujeros de las paredes con pegotes de yeso, reclavó los altares a fuerza de martillazos, y molió colores para dar una capa de claridad al púlpito y al confesionario. Aquello constituyó un acontecimiento en la comarca; hablábase de ellos dos leguas a la redonda. Los campesinos llegaban con las manos a la espalda, para ver trabajar al señor cura. Este, con un delantal atado a la cintura, con las manos acardenaladas, absorbíase en aquella ruda faena y tenía un pretexto para no salir. Pasaba los días entre la argamasa, más tranquilo, sonriente casi, olvidándose de todo lo exterior, de los árboles, del sol y de los cálidos vientos, que le turbaban.

—El señor cura es muy dueño, desde el momento en que eso nada cuesta a la comuna—decía el tío Bambousse con burlona risa, al entrar todas las tardes, para cerciorarse de cómo andaban los trabajos.

El padre Mouret empleó allí sus economías del seminario. Por lo demás eran embellecimientos, cuya desmañada sencillez habría hecho sonreír. La obra de albañilería pronto entibió sus ardores. Contentóse con revocar toda la iglesia a la altura de un hombre. La Teuse amasaba el yeso. Cuando habló de reparar también el presbiterio, que amenazaba, según ella, con desplomarse sobre su cabeza, el cura le dijo que él no lo sabría hacer, que sería menester un albañil; lo que produjo entre ambos una terrible contienda. La Teuse gritaba que no era razonable el poner tan hermosa una

iglesia, en donde nadie dormía, cuando junto a ella había habitaciones, en las cuales con seguridad se les encontraría muertos, una mañana de aquellas, aplastados por los techos.

—Yo, antes y con antes—gruñía,—acabaré por venir a hacer aquí mi cama, detrás del altar. Tengo demasiado miedo por la noche.

Como faltase el yeso, no volvió a hablar del presbiterio, y a más, la vista de las pinturas que ejecutaba el señor cura, la entusiasmaba. Fué el gran encanto de toda aquella tarea. El cura, que había repuesto pedazos de tabla por todas partes, se complacía en extender sobre el maderamen un hermoso color amarillo, con una enorme brocha. Resultaba de las pinceladas un suave vaivén, que le adormecía un tanto y que le dejaba sin ideas durante horas, siguiendo con la vista las crasas huellas de la pintura. Así que todo quedó amarillo, el confesionario, el púlpito, el estrado, hasta la caja del reloj, se arriesgó a hacer chafarrinones imitando el mármol para rejuvenecer el altar mayor. Y animándose más aún lo repintó por completo. El altar mayor, blanco, amarillo y azul, ostentábase soberbio. Personas que no habían asistido a una misa hacía cincuenta años, llegaron en procesión para verlo.

Ahora las pinturas estaban ya secas. Al padre Mouret no le quedaba otra cosa que hacer sino encuadrar los tableros con un obscuro filete. Por lo tanto, desde por la tarde puso manos a la obra, pues quería que quedase todo terminado la noche misma, ya que al día siguiente había misa mayor, como se lo había recordado a la Teuse. Esta esperaba para hacer el tocado al altar; había puesto ya sobre la credencia los candeleros y la cruz de plata, los vasos de porcelana con flores artificiales, el mantel guarnecido de encajes de las grandes fiestas. Mas resultó tan delicado el hacer los filetes con todo primor, que el padre Mouret estuvo trabajando hasta la noche. Era ya obscuro cuando

daba fin al último tablero.

—Resultará demasiado bonito—dijo una ruda voz salida del polvo gris del crepúsculo de que se llenaba la iglesia.

La Teuse, que se había arrodillado, para seguir mejor con la vista el pincel a lo largo de la regla, se estremeció de pavora.

—¡Ah! es el Hermano Archangias—dijo volviendo la cabeza;—luego ha entrado usted por la sacristía... ¡La sangre me ha dado un vuelco! Creía que la voz venía de debajo de las baldosas.

El padre Mouret se había puesto de nuevo al trabajo, después de haber saludado al Hermano con un ligero movimiento de cabeza. Este se mantenía en pie, sin decir una palabra, con sus gruesas manos cruzadas sobre la sotana. Después, habiéndose encogido de hombros al ver el cuidado que el sacerdote empleaba para que los filetes le saliesen rectos, repitió:

—Resultará demasiado bonito.

La Teuse, en éxtasis, se estremeció por segunda vez.

—¡Bueno!—gritó.—Me había ya olvidado de que estaba usted ahí. Bien podía usted toser, antes de hablar. Tiene usted una voz que se escapa bruscamente, como la de un muerto.

Habíase levantado y retrocedía para admirar mejor.

—¿Por qué demasiado bonito?—repuso.—Nada hay demasiado bonito cuando se trata del Dios de bondad... Si el señor cura hubiese tenido oro, oro habría puesto, sépalo usted.

Como el sacerdote hubiese terminado, se dió prisa a cambiar el mantel, teniendo sumo cuidado en no borrar los filetes. Luego colocó simétricamente la cruz, los candelabros y los jarrones. El padre Mouret había ido a arrimarse al lado del Hermano Archangias, contra la barrera de madera que separaba el coro de la nave. No cruzaron ni una sola palabra. Miraban la cruz de plata que, en la cre-

ciente obscuridad, reflejaba gotas de luz, a los pies, a lo largo del costado izquierdo y de la derecha sien del Crucificado. Tan luego como la Teuse hubo terminado, se adelantó en actitud de triunfo.

—¡Eh!—dijo,—¡qué cosa más preciosa! ¡Ya verá usted a la gente, mañana, en la misa! Esos paganos no vienen a la casa de Dios sino cuando lo creen rico... Ahora, señor cura, habrá que hacer lo propio en el altar de la Virgen.

—¡Dinero perdido!—gruñó el Hermano Archangias.

Pero la Teuse se incomodó. Y como el padre Mouret continuase callado, les dirigió a ambos ante el altar de la Virgen, empujándoles, tirándoles de la sotana.

—Pero miren ustedes. Bastante que se ve, sobre todo ahora que el altar mayor está tan limpio. Ni siquiera se conoce que ha habido pinturas. Por más que limpio por la mañana, la madera conserva siempre todo el polvo. Eso está negro, está feo... ¿Sabe usted lo que se dirá, señor cura? Se dirá que no quiere usted a la Santísima Virgen, ni más ni menos.

—¿Y después?—preguntó el Hermano Archangias.

La Teuse se quedó sofocadísima.

—Después—murmuró,—eso sería un pecado; ¡pardiez! El altar está como una de esas tumbas que se abandonan en el cementerio. A no ser por mí, las arañas tejerían sus telas y el moho echaría raíces. De vez en cuando, siempre que puedo guardar un ramillete lo doy a la Virgen... Todas las flores de nuestro jardín eran para ella en otro tiempo.

Había salido a las gradas del altar y había tomado dos ramos secos que allí habían sido olvidados.

—Ya ven ustedes que pasa lo mismo que en los cementerios—agregó, arrojándolos a los pies del padre Mouret.

Este los recogió sin contestar. La noche se ha-

bía echado del todo encima. El Hermano Archangias se enredó en medio de las sillas y en nada estuvo que no viniese al suelo. Blasfemaba y rezongaba sordas frases, en que se mezclaban los nombres de Jesús y de María. Cuando la Teuse, que había ido en busca de una lámpara, volvió a entrar en la iglesia, preguntó sencillamente al sacerdote:

—Sí—le contestó,—hemos terminado por ahora. Para lo demás, ya veremos más adelante.

—¿Es decir que puedo llevarme los potes y los pinceles al desván?

Y la Teuse echó a andar delante de ellos, cargando con todo y callándose, por temor de decir demasiado. Y como el padre Mouret tuviese aún en la mano los dos ramilletes secos, el Hermano Archangias le gritó al pasar por delante del corral:

—¡Tire usted eso!

El sacerdote dió aún algunos pasos, con la cabeza inclinada; después echó las flores en el hoyo del estercolero, por encima de la claraboya.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY

V

El Hermano, que había cenado ya, permaneció allí, a horecadas, en una silla puesta de espaldas, en tanto que comía el sacerdote. Desde que éste había regresado a los Artaud, iba casi todas las noches a instalarse en el presbiterio. Nunca había llegado a imponerse con tanta rudeza. Sus gruesos zapatos hundían el suelo, su voz tronaba y sus puños se dejaban caer con fuerza sobre los muebles, mientras refería las azotainas que había dado por la mañana a las muchachas, o que resumía su moral en fórmulas tan duras como garrotazos. Después, como se aburría, había imaginado el jugar a la baraja con la Teuse. Jugaban "a la batalla" un día y otro día, pues la Teuse no había podido aprender en su vida ningún otro juego. El padre Mouret, que se sonreía a las primeras cartas echadas con furia sobre la mesa, caía poco a poco en un profundo ensimismamiento; y durante horas y horas, olvidábase de sí mismo, entregándose a imaginaciones bajo los desconfiados ojos del Hermano Archangias.

Aquella noche la Teuse estaba de tan negro humor, que habló de ir a tenderse tan pronto como quitó el mantel. Pero el Hermano quería jugar a todo trance. Dióle algunos golpes en los hombros y acabó por sentarla, aunque tan violentamente, que la silla crugió. Barajaba ya las cartas. Deseada,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO